

Textiles en Colombia al finalizar el siglo XIX: producción artesanal, importación e industrialización

ISSN 1909-5929



Los Azules

Textiles en Colombia al finalizar el siglo XIX: *producción artesanal, importación e industrialización*

Ángela Gómez Cely, Uliana Molano y Sandra Jaime Silva *

* ÁNGELA GÓMEZ CELY, ULIANA MOLANO Y SANDRA JAIME SILVA

* *Ángela Gómez Cely*

Maestra en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia. Ceramista de la Academia Superior de Artes. Se ha desempeñado como investigadora de las colecciones del Banco de la República, del Museo Nacional de Colombia y de la Colección Hernando Santos. Actualmente es asistente de curaduría del Museo nacional de Colombia, investigadora de las áreas de fotografía, artes decorativas y objetos testimoniales

* *Sandra Jaime Silva*

Diseñadora gráfica y maestra en Museología y Gestión de Patrimonio de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente trabaja con el Museo de Anatomía de la Universidad El Bosque, donde realiza investigación en temas relacionados con salud.

* *Uliana Molano Valdés*

Licenciada en Lingüística y Literatura de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, antropóloga y maestra en Museología y Gestión de Patrimonio de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es investigadora en gestión de patrimonio arqueológico.

UNA PIEZA EN EXPOSICIÓN TIENE DETRÁS DE SÍ UNA HISTORIA COMPLEJA, EN ESTE CASO UNA TELA QUE SIRVIÓ COMO EMPAQUE PARA VARAS DE BAYETA¹, FABRICADA POR LA COMPAÑÍA INGLESA EDWARDS POR ENCARGO DE LA EMPRESA 'FRANCISCO VARGAS Y HERMANOS' POSIBLEMENTE EN 1880, ES TESTIGO MATERIAL DE LOS HECHOS QUE GIRARON EN TORNO DEL COMERCIO DE IMPORTACIONES AL FINALIZAR EL SIGLO XIX.

UNA APROXIMACIÓN AL CONTEXTO DE ESTE OBJETO NOS PERMITE CONOCER LOS CONFLICTOS QUE SE SUSCITARON ENTRE LA PRODUCCIÓN ARTESANAL COLOMBIANA EN COMPETENCIA CON LAS IMPORTACIONES EUROPEAS, QUE TERMINARON ORIGINANDO LA INDUSTRIA TEXTIL NACIONAL, LOS CUALES OCURRIERON EN UN PERIODO COMPLICADO, YA QUE LA INESTABILIDAD POLÍTICA Y ECONÓMICA MARCARON CADA UNO DE LOS HECHOS DE LA VIDA COTIDIANA DE LOS CIUDADANOS. POR EJEMPLO, PARA LA CONFECCIÓN DE UN VESTIDO SE DEBÍA ESCOGER ENTRE UNA TELA NACIONAL —ECONÓMICA Y DE TEJIDO IRREGULAR EN LANA O ALGODÓN PERO DE BUENA CALIDAD Y MUY DURADERA—, QUE IDENTIFICABA A SU PORTADOR COMO PERTENECIENTE A UNA CLASE SOCIAL MENOSPRECIADA, Y UNA TELA IMPORTADA —MÁS COSTOSA POR LAS DIFICULTADES EN EL TRANSPORTE DE TEJIDO MÁS TUPIDO Y LISO CON UNA AMPLIA VARIEDAD DE MATERIALES, MENOS DURADERA Y CON DIFICULTADES DE MANTENIMIENTO—, PERO QUE HACÍA PARTE DE LOS SÍMBOLOS DE RECONOCIMIENTO SOCIAL.

Producción textil artesanal



▲ [Imagen 1, detalle en portada]

Fábrica inglesa Edwards

Tela que sirvió como empaque para 45 1/2 varas de bayeta de 100 hilos, para el almacén de los señores Francisco Vargas y Hermanos

Ca. 1880

Impreso sobre fique

37 x 98,2 cm

Reg. 6819

Museo Nacional de Colombia

Durante buena parte del siglo XIX la producción textil colombiana se efectuó en forma artesanal, con las mismas técnicas heredadas de grupos prehispánicos y que perduraron durante la Colonia. La producción textil se caracterizó por ser una manufactura casera que permitía ingresos extras para el sostenimiento de la familia, sin ser desarrollada como empresa formal hasta finales del siglo XIX.

A pesar del discreto desarrollo de estas manufacturas locales, los altos costos y dificultades en transporte de textiles extranjeros sirvieron para proteger la producción a comienzos

del siglo, porque no tenían productos que compitieran con los elaborados para consumo local ya que “la producción se destinaba primordialmente al autoconsumo en los estrechos mercados locales”². Una vez iniciada la revolución industrial esta condición cambió por la abundante producción a bajo costo. Los tejidos finos y trajes de mayor valor utilizados por clases altas se importaron desde Europa y principalmente desde Inglaterra³. Aunque también se recurrió a la producción por encargo de telas de mejor calidad que las ordinarias, las telas artesanales contaban con un amplio mercado en los sectores populares quienes las usaban para la confección de los vestidos usados en la vida cotidiana.

Desde finales del siglo XVIII y hasta finales del siglo XIX se configuraron dos centros de producción textil artesanal muy importantes para el país: por un lado la región del Socorro y poblaciones vecinas en Santander que se especializaron en telas burdas de algodón y, por el otro, la región de Boyacá y Cundinamarca, con la elaboración de tejidos de lana. Se estima que durante 1760 y 1850, la localidad del Socorro vivió un auge que en gran medida se debió a la existencia de una amplia actividad textil y artesanal, desde estas poblaciones se distribuían mantas y lienzos a regiones apartadas en Antioquia y Cauca, que eran importantes centros de consumo de este tipo de productos⁴.

En sus memorias, Salvador Camacho Roldán escribió: “con estas telas se vestían las dos terceras partes de la población a lo menos, y se exportaba a Venezuela y el Ecuador en cantidades de dos a trescientos mil pesos anuales. Sólo la gente acomodada usaba telas europeas. Hoy esa producción no es mayor que cincuenta años atrás. Las telas extranjeras están reemplazando a las nacionales”⁵.

La organización social en torno a la fabricación de tejidos y textiles fue primaria y básica. De acuerdo con algunas descripciones de viajeros, la manufactura estuvo en manos de las mujeres y niños, quienes hilaban principalmente algodón y lana, en menor medida, para hacer mantas de géneros de bayeta y zaraza⁶ en telares rudimentarios, mientras que la comercialización la realizaban los hombres en plazas de mercado o se la daban a intermediarios. Esta era una labor secundaria a la agricultura que permitía un ingreso extra para el sostenimiento de la familia. Como esta actividad no era tenida como un oficio formal, muy pocos de los artesanos textiles se unieron en gremios.

[Imagen 2]
José Manuel Groot / Augusto Le Moyne
Débitant d'étoffes au marché de Bogota (Vendedor de tejidos en el mercado de Bogotá)
Ca. 1835
Acuarela
25,2 x 17,8 cm
Reg. 5502
Museo Nacional de Colombia



Los que se unieron como artesanos lograron ser una clase social muy importante, organizaron talleres en las ciudades dedicados a los tejidos, textiles y la confección, para trabajar por encargo o para la venta. Estos talleres se encontraban comúnmente en las casas y en ellos laboraban los miembros de la familia (esposa e hijos) y en ocasiones contaron con aprendices de artesanos⁷. La sastrería fue uno de los gremios más importantes introducidos tempranamente en América y durante la colonia fue un oficio reservado a blancos y luego a mestizos⁸.

La vinculación de la mujer a las actividades de tejido hizo parte de las políticas de Estado para mitigar la creciente pobreza. Las reformas educativas de 1841-1845 abogaron por una enseñanza en artes y oficios, tales como la costura y el bordado, que brindara la obtención de recursos para las mujeres, las cuales estaban expuestas a la miseria y prostitución debido a su baja formación. Ellas fueron la principal mano de obra para la posterior industria textil de finales del siglo XIX y principios del XX⁹.

De acuerdo con el Censo de 1870, una tercera parte de la población femenina estaba dedicada a la administración doméstica, 10% eran sirvientas y 16% artesanas (costureras, tejedoras de algodón y lana, alfareras, aplanchadoras, lavanderas, etc.) cifra que para la época representa un número elevado.

Empleo en actividades artesanales y manufactureras. Censo de 1870¹⁰

(Según división de estados federados)¹¹

	Empleo artesanal y manufacturero ¹²		% del empleo total (excluyendo servicio doméstico)		% de la población total	
	H	M	H	M	H	M
Antioquia	8.435	9.767	7,20%	44,90%	4,7%	5,3%
Boyacá	32.135	70.681	21,80%	74,70%	13,80%	29,60%
Cauca	15.138	42.110	11,30%	39,50%	7,20%	18,80%
Cundinamarca	12.345	17.080	10,90%	49,40%	6,30%	8,00%
Santander	12.871	66.922	10,30%	88,30%	6,30%	30,20%
Tolima	3.192	20.765	5,20%	71,90%	2,90%	17,30%
Bolívar	4.641	3.672	6,70%	46,00%	4,00%	2,90%
Magdalena	3.073	10.684	13,00%	89,30%	7,60%	24,00%
TOTAL	91.830	241.681	11,60%	63,20%	7,10%	17,60%

Si bien el papel de la mujer artesana fue importante en la producción textil, los hombres artesanos se dedicaron a la confección de trajes. Los documentos de la época señalan que “buena parte de la población de artesanos varones se dedicaba probablemente a actividades más tradicionales, como la carpintería, la sastrería, la herrería, talabartería, etc., lo que puede advertirse en las listas de artesanos publicadas en libros como las Guías de

Bogotá: en 1881 aparecían allí 94 entre zapateros y talabarteros, 43 sastres, 87 carpinteros y 28 herreros y torneros. Fueron estos grupos urbanos los que tuvieron una amplia significación política, sobre todo en los momentos en los que varió el régimen aduanero”¹³.

Los artesanos se unieron en organizaciones artesanales denominadas sociedades democráticas en el siglo XIX con objetivos, económicos, sociales o políticos, el más importante fue la lucha contra la política librecambista, que no afectó de igual manera a las diferentes regiones¹⁴. Además fundaron escuelas y tuvieron publicaciones propias como El Artesano, diario semanal que circuló a partir de 1854.



[Imagen 3] ►
José María Espinosa Prieto
**Miguel León, líder de la
Sociedad Democrática
conformada por los
artesanos de Bogotá**
Ca. 1850
Litografía
24,2 x 19,6 cm
Reg. 1957
Museo Nacional de Colombia

La función política de los artesanos fue bastante activa a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX. A pesar de que algunos autores consideran que la adopción del modelo librecambista ocasionó la desaparición de los artesanos como clase y sector político activo después de la derrota del general José María Melo en 1854¹⁵, otros historiadores afirman que los artesanos permanecieron durante el resto del siglo desempeñaron un dinámico papel en los diversos órdenes de la vida colombiana. De acuerdo con Renán Vega, “después del efímero gobierno de Melo los artesanos no desaparecen súbitamente de la escena económica, política y social, sino que sencillamente los partidos políticos —empezando por el liberalismo— dejan de apoyarse en ese sector, considerando que la experiencia del gobierno de José María Melo había sido suficiente. Como bien lo dice Gerardo Molina, la reacción juró que no se repetiría la experiencia de un gobierno popular”¹⁶.

La pérdida de mercado para las telas nacionales se reorientó hacia la producción de artículos de fique, los cuales tuvieron un auge entre 1850 y 1920 gracias al incremento de la producción cafetera. Los sitios donde se produjeron costales y otros objetos de fique para arriería fueron Santander y el oriente antioqueño. La producción de café se empacaba en costales que luego eran transportados a lomo de mula hasta el tren que finalmente los conducía a Barranquilla y a Puerto Colombia para su exportación.

En los mercados, además de productos alimenticios, se comercializaban las distintas manufacturas tejidas para diversos usos, desde esteras que eran usadas por los más pobres para dormir o para el piso, jaulas para animales, alpargatas, sogas, cuerdas, cabuyas, redes, pero sobre todo abundaban los canastos, que se realizaron en formas muy variadas y en diversas fibras según el uso que se les iba a dar.

Otro mercado que llegó a ser un renglón importante en las exportaciones durante el siglo XIX y principios del XX fue el representado por los sombreros de paja. Los sombreros de iraca se manufacturaron principalmente en Suaza, Timaná, Elías, Naranjal y Guadalupe en el Huila; se hacían de muy buena calidad y por eso eran los más caros destinados a la exportación. También se los producía en Santander, Antioquia y Caldas con menor calidad y destinados al consumo popular, y en La Unión y Sandoná en Nariño se realizaban para exportar al Ecuador. Por su parte los sombreros de cañabrava se usaron por los campesinos del centro del Valle del Cauca y en la Costa Atlántica. Los principales mercados nacionales donde

se comercializaban los sombreros eran los del Tolima, Cundinamarca y Costa Atlántica¹⁷.

De este modo, los centros de producción no desaparecieron sino que desplazaron su producción a otros campos, como es el caso de la región de Santander. Es así que:

“La pérdida gradual de mercado para las telas nacionales no implicó una desaparición del artesanado santandereano, ya que éste logró encontrar nuevas actividades manufactureras a las cuales dedicar sus esfuerzos. En la década del cincuenta la producción de sombreros de paja representó una alternativa en esta región del país. No obstante, la producción se concentró entonces en Bucaramanga, Zapatoca y Piedecuesta, es decir, al norte de las viejas zonas artesanales. Además, esta producción entró pronto en descenso, perdiendo terreno frente a la de otras regiones del país. La fabricación de tejidos de fique fue así, la alternativa más importante en Santander. Ya en 1880 Camacho Roldán estimaba la producción nacional de artículos de esta fibra entre cinco y seis millones de pesos anuales, y la de sólo tela para costales entre \$3 y \$3,5 millones, que correspondían entre 16 y 20 millones de metros de telas [...] en 1892 había más establecimientos santandereanos dedicados a estos tejidos que a la fabricación de telas de algodón. A la vuelta del siglo los pocos que aún se dedicaban a estas últimas pasaron, sin duda, a producir costales de fique, para los cuales la demanda interna estaba en pleno auge, gracias al aumento constante de las exportaciones de café”¹⁸.

Importación y comercio de textiles



▲ [Imagen 4]

Joseph Brown

**Interior de una tienda en la calle principal
de Bogotá con muleros comprando**

Ca. 1840

Acuarela

22 x 30,9 cm

Royal Geographical Society

Durante la colonia se perfilaron las rutas comerciales que se utilizaron hasta la primera mitad del siglo XIX. A través de ellas se traían distintos tipos de mercancías al interior de la Nueva Granada, desde Jamaica y Cartagena, pero las condiciones para la importación y exportación eran muy complicadas para los comerciantes colombianos. Para la adquisición de artículos era necesario que varios empresarios se asociaran y uno de ellos viajara directamente a Jamaica a comprar con oro de contado y alquilar un barco para llevarlos hasta Cartagena. Los costos aumentaban ya que solo hasta 1847 llegó el primer barco de vapor al río Magdalena y a finales de 1854 sólo había seis navíos de este tipo en servicio¹⁹.

Muchos comerciantes locales se quejaban de los importadores europeos, los cuales negociaban los objetos directamente en Inglaterra sin necesidad de intermediarios en Jamaica, y por ende conseguían la mercancía a precios más bajos. De esta manera, la falta de contactos directos aumentaba el valor de las mercancías para los nacionales y por lo tanto se trataba de una competencia desigual en el mercado.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el aumento de las exportaciones de frutos tropicales a Inglaterra, Nueva York y Alemania, las condiciones para los comerciantes nacionales cambiaron ya que el aumento de tráfico posibilitó, por un lado, negociar directamente por medio de letras de cambio con casas comerciales en Europa; y, por el otro, se mejoró notablemente el transporte marítimo y fluvial, debido a que los buques tocaron con más frecuencia puertos colombianos en el Caribe y se implementó la navegación a vapor por el Magdalena²⁰.

Gracias a estos cambios, al interior del país las tiendas, bodegas comerciales y plazas de mercado se llenaron de artículos importados de Europa, tales como muselinas, terciopelos, organdí, paños, telas de lana o cachemir, sedas, tafeta, pantalones suizos de algodón, sombreros de castor o fieltro, zapatos para hombre y mujer, herramientas y piezas de maquinaria, papel florete y de colgadura, así como gran variedad de licores. Estos productos seguían siendo bienes de lujo que exhibían los ricos de la ciudad²¹.

Muchos comerciantes colombianos se arriesgaron en el campo de la importación, para 1853 en Bogotá existían 22 importadores entre los cuales se encontraban el Grupo de los Borda

(que captaba el 24% de las importaciones), el Grupo de los Nieto (12% de las importaciones), Santamaría, Uribe & Cía. (10% de las importaciones), Schloss & Cía. (7% de las importaciones) y la Casa Inocencio Vargas e Hijos (1,67%)²².

Esta última fue fundada en 1845 por Inocencio Vargas, jurista y comerciante de Barichara, Santander. Desde 1850, la Casa Vargas estableció relaciones directas con Europa donde logró mantener agentes para la compra directa en Inglaterra, Francia y ocasionalmente en España y Alemania. Esta empresa la continuó su hijo, Francisco Vargas, quien entre 1876 y 1885 logró ubicarla en el primer o segundo lugar entre los importadores del país. La pieza del Museo Nacional con el número 6819 (Imagen 1) hace referencia al empaque de una carga de tela comprada en Inglaterra a la Compañía Edwards alrededor de 1880. Para que la pieza, “tela que sirvió como empaque para 45 1/2 varas de bayeta de 100 hilos”, llegara al país debió superar varias etapas entre su compra, llegada a puerto colombiano, legalización en la aduana, viaje por el río Magdalena ya sea en champán o barco de vapor, transporte a lomo de mula por caminos de herradura, hasta su arribo final a Bogotá.

La compañía Edwards fue una de las textileras en Inglaterra con la que tuvieron mayor contacto los importadores colombianos, posiblemente por la calidad de sus productos, y gozaban de reconocimiento en la época, como anotan José María Rivas Groot y Lorenzo Marroquín en su novela política y costumbrista Pax: “—Mi querido doctor Alcón: las telas están listas, según nuestro convenio, suficientes para 20.000 vestuarios, marca Edwards [...] no las hay mejores en toda la plaza”²³.

Los Vargas importaron casi exclusivamente mercancías de Inglaterra y Francia, pedidos como telas de algodón —como zarazas para camisa, “domésticas” y dril para pantalones de trabajadores— e hilo blanco, telas de lana como frazadas, ruanas, bayetas azules y paños. Igualmente, telas de algodón de Alemania y vinos de España. Los vapores que traían las cargas venían desde Liverpool y atracaban en Santa Marta²⁴.

Para Francisco Vargas y sus hermanos las condiciones para traer mercancías al país no fueron fáciles. Durante el verano algunas partes del río Magdalena no eran navegables y en invierno era casi imposible transitar por los caminos de herradura de Honda a Bogotá. En algunas ocasiones, los agentes en Santa Marta no encontraban espacio en los barcos de vapor y tenían que recurrir a los champanes, que demoraban mucho más tiempo. El viaje por el río requería en algunas ocasiones bajar la carga para que el barco pudiera esquivar los pasajes difíciles o angostos²⁵.



▲ [Imagen 5]

Mariano Eduardo de Rivero

**Paso de la montaña de Barruecos
efectuado por Rivero en 1825**

Ca. 1857

Litografía

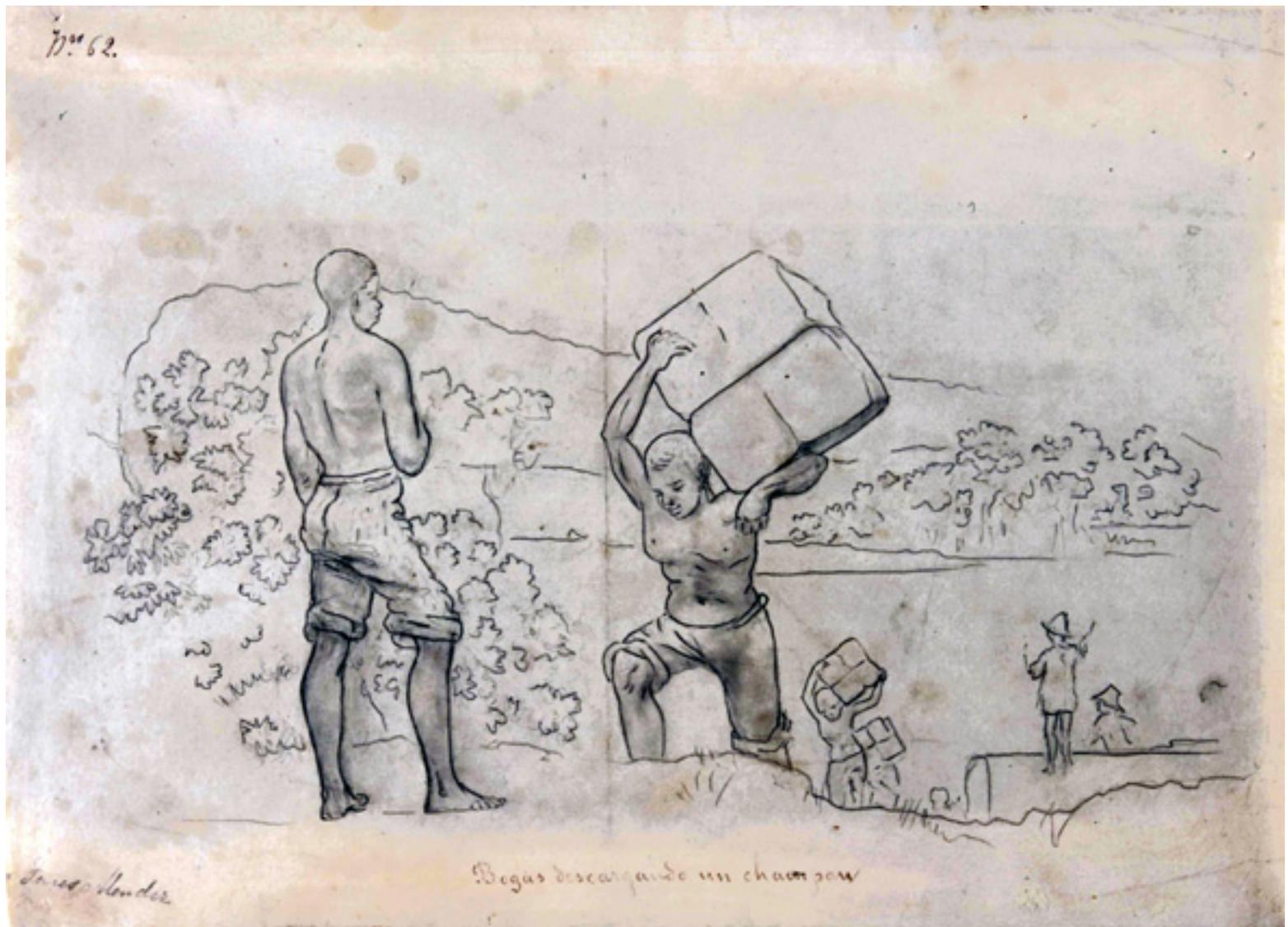
21,2 x 28,1 cm

Reg. 2812

Museo Nacional de Colombia

Por los posibles percances en el viaje, Francisco Vargas prefería comerciar cargas pequeñas, a diferencia de otros comerciantes de su época. Las dificultades no solo tenían que ver con el envío desde Europa, sino la posibilidad de pérdida en el territorio nacional, relacionado con: los trámites en las aduanas, la navegación en el río Magdalena, las rutas en las que se usaban las mulas o la situación política en un ambiente de guerra.

Las encomiendas eran preparadas teniendo en cuenta las dificultades de movilización; se organizaban distintos tipos de mercancías en bultos para carga, que eran transportadas a lomo de mula. En 1866, envió a su agente un surtido de mantas para calzón que mandó a fabricar en el



▲ [Imagen 6]

Ramón Torres Méndez

Bogas del Magdalena descargando un champán

Ca. 1850

Dibujo

22,3 x 31 cm

Reg. 1161

Museo Nacional de Colombia

Socorro, con el fin de ordenar 20.000 varas. Al hacer sus pedidos, frecuentemente tuvo que advertir a sus agentes en Europa que las cajas no debían ser ni de tamaño ni de peso demasiado grande para llevar a lomo de mula.²⁶ Sabemos que “la unidad de empaque proveniente de Quito era la carga, o sea lo que podía llevar una mula, aproximadamente 10,5 arrobas, cuya equivalencia en varas de tejido era de 240 más o menos. Los despachos del Chocó se hacían

por barco desde Guayaquil. Aunque en cantidades menores, también se introducían rebozos, bayeta fina, media fina y bayeta angosta”²⁷. Según esta información, el ejemplo de empaque que posee la colección del Museo indica un contenido de “45 1/2 varas”, por lo tanto una bestia podía cargar 5 bultos de este tipo. Alrededor del transporte de mulas se organizó un grupo social especializado: los arrieros, quienes constituyeron un negocio rentable y dinámico.

Estando la carga en Santa Marta, los trámites aduaneros podían demorar entre 15 y 20 días; sin embargo, después de la guerra civil de 1859-1862 las oficinas fueron trasladadas a Bogotá durante el gobierno conservador, lo que implicó un aumento del 5% en los costos, hecho que perjudicó a negociantes como Vargas, pero mejoró durante el posterior mandato liberal con el retorno de la oficina a la costa atlántica, el establecimiento del pago por medio del “peso bruto” por lo cual ya no se tenían que abrir el cargamento y la rebaja en los bienes de lujo²⁹.

Las dificultades de los negociantes estaban relacionadas además con los disturbios políticos y con las guerras civiles que vivía el país. Los disturbios ponían en riesgo los almacenes que podían ser saqueados, como ocurrió con el almacén de Vargas hacia 1854. Durante la guerra de 1859-1862, la preocupación para los negociantes era más compleja, el riesgo de pérdida era mayor, sin embargo Vargas fue uno de los pocos comerciantes que se arriesgó a importar cargamentos por la escasez de bienes, hecho que fue bastante atrevido si se tiene en cuenta la disminución de pagos de los clientes. En 1860, las consecuencias de la guerra hicieron que el cargamento se demorara más de 10 meses, además hasta las mulas fueron escasas para llevar de Honda a Bogotá la mercancía.

La guerra civil de Estados Unidos también afectó el comercio, pues el algodón subió en Inglaterra entre 1861 y 1862 y, como consecuencia, en Colombia, los precios subieron también. Sin embargo a través de las letras de cambio y el buen manejo de las condiciones permitió que comerciantes como Vargas, pudieran fortalecerse en esta situación.

Las crecientes importaciones de telas europeas después de la segunda mitad del siglo XIX afectaron fuertemente la producción nacional, las extranjeras se vendieron más por ser de mejor calidad y más baratas. Rafael Núñez y Miguel Samper calcularon el consumo de telas nacionales entre 30% y 40% para 1860, mientras que para finales de siglo era menos del 20%³⁰. Según esto, argumentaba Miguel Samper en 1867:



▲ [Imagen 7]

Auguste Le Moine

Cheval chargé d'un almofrex
(Caballo cargado con un almofrej²⁸)

Ca. 1835

Acuarela

17,9 x 24,2 cm

Reg. 5440

Museo Nacional de Colombia

“Me guía esta creencia para no atribuir a extranjerismo la caída de las fábricas de cristales, paños y papel. La de loza ha subsistido a pesar de que no exhibe muy bellos productos y debe su subsistencia en parte a la baratura relativa con que se ofrecen y en parte a que probablemente ese establecimiento se fundó con cálculos menos malos que los que sirvieron de base a las otras fábricas mencionadas. Es preciso que reconozcamos que para que una fábrica o un oficio

cualquiera sean lucrativos no basta que se establezcan y se trabaje, sino que es preciso estudiar primero las necesidades y condiciones de la sociedad y de la localidad en que se trabaja. Si la lana es más cara en Bogotá que la que se lleva a Londres desde Australia o Buenos Aires, o si en Bogotá no pueden montarse ni conservarse telares y máquinas con tan poco costo como en Glasgow, no es justo pretender que aquí se fabriquen bayetas que rivalicen con las de **Edwards**³¹.

Los artesanos textiles nacionales no podían competir con las industrias europeas con sus telares caseros. Una tela nacional tenía 6 x 6 hilos en cada cuarto de pulgada cuadrada mientras que una tela importada ordinaria tenía 18 x 18, es decir, 72 por pulgada, además de ser más ancha, lo cual hacía que fuese de mayor calidad y resistencia. Así lo anotaba Miguel Samper: “El telar de hoy es tan de caña y cuerdas de fique como lo era el de nuestros aborígenes. La rueca y el huso producen todavía nuestro hilo. La semilla del algodón y el modo como éste se limpia no han cambiado. La calidad de nuestras lanas no ha mejorado”³².

No solo en calidad, sino en cantidad de producción, las telas extranjeras eran mucho más baratas a pesar de los costos, dificultades y riesgos de importación. La pieza de la colección nos indica que el contenido era una “bayeta de 100 hilos”, de buen tejido a pesar de especificar que se trataba de una de “segunda calidad”.

Sin embargo, Francisco Vargas, interesado en el mercado en las provincias donde comerciantes menores vendían gran parte de sus importaciones, hizo fabricar ejemplos de telas que eran del mismo gusto local, para mandarlas como muestras a Inglaterra para que las copiaran. Esto indica que el consumo de telas “lienzos de la tierra” (aquellos producidos en América) para el común del pueblo era amplio y la gente prefería utilizar este tipo de materiales. También reitera el gusto por las telas azules que podemos ver en muchas acuarelas, donde las mujeres, especialmente de clima frío, utilizan faldas y rebozos de color ‘azul turquí oscuro’. Por otra parte en la vestimenta de los hombres la tela azul también fue utilizada en menor medida, según Víctor Manuel Patiño, en 1850, cuando empezaron a definirse los partidos políticos en Colombia, los miembros de la Sociedad Democrática usaban sombreros de paja y bayetón azul y rojo hasta los pies, mientras que los conservadores o “populares” se ponían cinta azul en el sombrero; unos y otros llevaban pañuelos al pescuezo³³.



▲ [Imagen 8]

José Manuel Groot
Dama de Bogotá

Ca. 1835
Acuarela
14,2 x 9,2 cm
Reg. 5466

Museo Nacional de Colombia

[Imagen 9] ▼

José María Espinosa Prieto

Luis Azuero

Ca. 1860

Acuarela

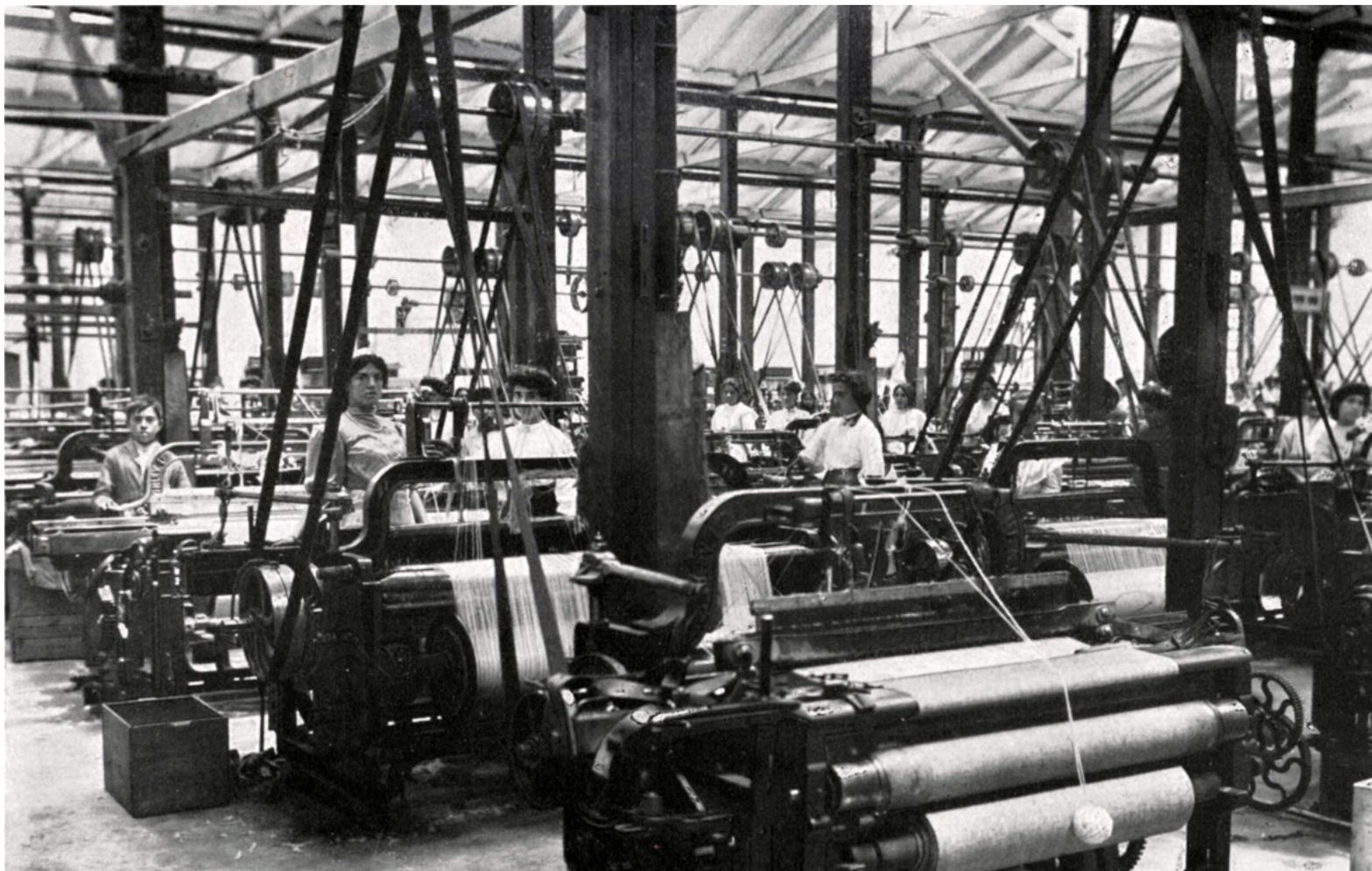
18 x 12,9 cm

Reg. 1922

Museo Nacional de Colombia



Albores de la industrialización textil



▲ [Imagen 10]

Benjamín de la Calle

Compañía Colombiana de Tejidos

Ca. 1910

Tomado de: Sociedad de Mejoras Públicas,

Álbum Medellín el 20 de Julio de 1910,

Leipzig : Ed. V. Sperling, s.f.

Colombia fue un país básicamente agrícola, con una producción netamente manufacturera hasta principios del siglo XX, los talleres de artesanos más organizados podían involucrar dos o tres trabajadores y una escasa pero importante inversión de capital (como es el caso de muchos alambiques, tenerías, tejares y fábricas de loza). En algunas pocas ocasiones, el inversionista era un empresario que traía maquinaria de Europa, contrataba técnicos y obreros y llevaba contabilidad. Para finales de siglo, eran aún muy contadas esas industrias incipientes, pero en las dos últimas décadas se percibió una aceleración en el ritmo de su establecimiento, que sería el origen de las formas industriales que se desarrollaron con mayor fuerza durante el siglo XX³⁴.

Las importaciones no se restringieron sólo a mercancías; muy pronto los comerciantes notaron la necesidad de traer maquinarias y a finales del siglo XIX comenzó la industrialización textil. El auge de la industria textil que se inició hacia 1886 aproximadamente, con la llegada a Antioquia (Fábrica de Tejidos de Bello) de los primeros telares modernos solventó su mano de obra con mujeres artesanas. Otras fábricas de este tipo fueron: la Empresa de Hilados y Tejidos en Samacá (Boyacá) fundada en 1886, la Fábrica de Hilados y Tejidos Merlano (Cartagena) fundada en 1892, la Compañía Colombiana de Tejidos Coltejer (Medellín) que comenzó labores en 1908 y por la Fábrica de Tejidos Obregón (Barranquilla) que produjo desde 1910. De este modo, ésta y otras industrias comenzaron a fortalecerse, a pesar de ser pequeñas, su importancia pasó a ser superior, constituyeron la base y el impulso de las industrias del Siglo XX³⁵.

Conclusión

La producción manufacturera de lienzos vistió a un gran porcentaje de la población desde la Colonia y hasta mediados del siglo XIX. Poco a poco, la importación de telas fue reemplazando al artesanado en esta función.

La consolidación del librecambio no hizo que los principales centros productores de tejidos desaparecieran, ya que algunos incluso continuaron exportando por un periodo de tiempo. Lejos de hablar de competencia con los productos ingleses debemos hablar de sosteni-

miento paralelo de las economías básicas regionales, que terminaron desplazándose a otros productos como la sombrerería y el fique, que llegaron a tener un renglón importante en la economía del país a finales del siglo.

Si comparamos los centros de fabricación de estos nuevos productos de exportación a finales del siglo las regiones productoras continúan siendo las mismas como Santander y aparecen nuevas como Antioquia y Pasto, con lo que podemos concluir que la producción artesanal de tejidos y la importación tomaron caminos diferentes. La fabricación artesanal subsistió e incluso subsiste a niveles muy bajos centrados en otros productos, con la misma estructura familiar y de economía regional, y las empresas de importaciones tuvieron que luchar con la ola de industrialización textil del país de inicios del siglo XX, ya no con la producción local.

BIBLIOGRAFÍA

Bayons Beatriz, Raymond Pierre, *Vida y muerte del algodón y los tejidos santandereanos: historia económica y tecnológica de la desaparición del cultivo y de la industria casera del algodón*, Bogotá: Ecoe Ediciones, 1987.

Cinep, Zambrano, Fabio [comp.], “Colombia País de regiones”, en *Economía: bonanzas, de tiempo en tiempo*. Bogotá: Cinep, Colciencias, 1998. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/region3/a6.htm>, consultado el 2 de noviembre de 2009.

Camacho Roldán, Salvador, *Mis Memorias*, Medellín: Ed. Bedout, 1900. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/memor/memor14.htm>, consultado el 2 de noviembre de 2009.

Camacho Roldán, Salvador, *Escritos varios*, Bogotá: Librería Colombiana, 1892-1895. Citado por: Ocampo José Antonio, “Comerciantes, artesanos y política económica en Colombia, 1830-1880”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 22, v. XXVII. Bogotá: Banco de la República, 1990.

Duque, María, “Comerciantes y empresarios de Bucaramanga (1857-1885): una aproximación desde el neoinstitucionalismo”, en *Historia Crítica*, núm. 29, Bogotá: Universidad de los Andes, enero - junio 2005, p. 149-184.

Martínez Carreño, Aída, “La industria femenina de los sombreros 24% de las exportaciones en 1858”, en *Revista Credencial Historia*, Bogotá: julio de 1993, edición 43.

Martínez Carreño, Aída, “Sastres y modistas. Notas alrededor de la historia del traje en Colombia”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 28 vol. XXVIII, Bogotá: Banco de la República, 1991. p. 61-76.

Martínez Carreño, Aída, “Los oficios femeninos”, en *Historia Crítica*, núm. 9, Bogotá: Universidad de los Andes, Enero Junio 1994, p. 15-20.

Martínez Carreño, Aída, *La prisión del vestido, aspectos sociales del traje en América*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1995.

Melo, Jorge Orlando, “La evolución económica de Colombia 1830-1900”, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II, Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá: Editorial Andes, 1979, p. 133-207.

Ocampo, José Antonio (compilador), *Historia Económica de Colombia*, Bogotá: Siglo Veintiuno Editores / Fedesarrollo, 1987. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/economia/histecon/indice.htm> , consultado el 20 de julio de 2010.

Ocampo José Antonio, “Comerciantes, artesanos y política económica en Colombia, 1830-1880”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 22, vol. XXVII, Bogotá: Banco de la República, 1990. p. 21 - 45.

Patiño, Víctor Manuel, *Historia de la Cultura Material en la América Equinoccial*. Tomo IV, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990-1993. 8 tomos. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/america4/cap20.htm> , consultado el 20 de julio de 2010.

Rivas Groot, José María y Marroquín, Lorenzo, Pax, Tomo II, Bogotá: Ministerio de Educación, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1907 (1946), <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/paxdos/paxdos7.htm> , consultado el 20 de julio de 2010.

Safford, Frank, “El comercio de importación en Bogotá en el siglo XIX: Francisco Vargas un comerciante de corte inglés”, en Dávila, Carlos L., de Guevara (Compilador), *Empresas y Empresarios en la Historia de Colombia: siglos XIX-XX*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, Ediciones Uniandes, 2003, p. 375-406.

Samper Miguel. “La miseria en Bogotá”, en *El Republicano*, núm. 38, 27 de noviembre de 1867. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/sociologia/lamis/indice.htm> , 20 de julio de 2010.

Vega Cantor, Renan, “Liberalismo económico y artesanado en la Colombia decimonónica”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 22, vol. XXVII, Bogotá: Banco de la República, 1990. p. 47 -65.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Imágenes 1, 3, 5, 6 y 9: Fotos © Museo Nacional de Colombia/ Ángela Gómez.

Imágenes 2, 4, 7 y 8: Fotos © Museo Nacional de Colombia / Juan Camilo Segura.

Imagen 10: Benjamín de la Calle. Tomado de: Sociedad de Mejoras Públicas, *Álbum Medellín el 20 de Julio de 1910*, Leipzig : Ed. V. Sperling, s.f., (sp).

¿CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO?

Gómez Cely, Ángela, Molano, Uliana y Jaime Silva, Sandra, “Textiles en Colombia al finalizar el siglo XIX: producción artesanal, importación e industrialización”, *Cuadernos de Curaduría*, Museo Nacional de Colombia, núm. 11, julio – diciembre, en: http://www.museonacional.gov.co/inbox/files//docs/Textiles_en_colombia.pdf

NOTAS

1. Tela tejida en lana.
2. Vega, 1990, p. 49
3. Melo, 1979, p. 199.
4. Ibid.
5. Camacho Roldán, 1900?
6. Tela de algodón muy ancha, poco tupida y estampada.
7. Ocampo, 1990. p. 38.
8. Martínez Carreño, 1991, p. 63.
9. Martínez Carreño, 1994, p. 19.
10. Ocampo, 1990. p. 38.
11. Excluye los llanos orientales y la Amazonia.
12. Artesanos, fabricantes y artistas en 1870.
13. Melo, “Las Vicisitudes del Modelo Liberal (1850-1899)”, en: Ocampo, 1987.
14. Vega, 1990. p. 49.
15. Ibid, p. 48, cita a Nieto Arteta, Luis E., *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá: Editorial Tiempo presente, 1975, p.229.
16. Vega, 1990. p. 49.
17. Cinep, 1998.
18. Ocampo, 1990, p.41.
19. Safford, 2003, pp. 383.
20. Ibid, pp. 382-383.
21. Ibid, pp. 393.
22. Ibid, pp. 383-384.
23. Rivas Groot & Marroquín, 1907 (1946).
24. Safford, 2003, pp. 393.
25. Ibid, pp. 399.
26. Ibid, pp. 394.
27. Tyrer, 1988. Citado por Martínez Carreño, 1995, p. 98.
28. Saco o funda, hecho de dos pieles de toro, para llevar los colchones en los viajes o toda clase de objetos, cuando está lleno constituye la carga de una mula.

29. Safford 2003, pp. 397-398.
30. Jorge Orlando Melo, “Las Vicisitudes del Modelo Liberal (1850-1899)” en: Ocampo, 1987.
31. Samper, 1867.
32. Samper, 1925-1927, Tomo I, pp. 244. Citado por: Ocampo, 1990, p. 38.
33. Patiño, 1990-1993.
34. Ocampo, 1987.
35. Melo, 1979, pp. 200.

M de F



Los Azules